

Reseñas bibliográficas

SILVÍCOLAS, SIRINGUEROS Y AGENTES ESTATALES. EL SURGIMIENTO DE UNA SOCIEDAD TRANSFRONTERIZA EN LA AMAZONIA DE BRASIL, PERÚ Y COLOMBIA 1880-1932 | por Carlos Gilberto Zárate Botía. Leticia: Universidad Nacional de Colombia, sede Amazonia, 2008. 428 pp.

GABRIEL CABRERA BECERRA. Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín
doi: 10.5113/ma.1.9991

Basado en una tesis doctoral en historia, este trabajo pretende documentar e interpretar el proceso de configuración del espacio fronterizo en la Amazonia de Colombia, Brasil y Perú entre 1880 y 1932. Según la consideración de que no sólo los éxitos, sino también los fracasos, constituyen la historia, el autor señala que contrario a lo que comúnmente se cree, la incorporación de la Amazonia colombiana no es un evento que hubiese tenido lugar tras el conflicto con el Perú, sino que esfuerzos o iniciativas previas de distinta índole revelaron un interés temprano por la región¹.

Con base en distintos agentes –cónsules, misioneros y comisarios– que estuvieron en las áreas fronterizas, se plantea la existencia de fronteras externas representadas por los agentes consulares, de fronteras de los misioneros y de fronteras estatales propiamente dichas, representadas por los comisarios, lo que constituye un acierto. Aunque el término fronteras tiene múltiples significados, como límite, área de expansión, zona de contacto, etcétera, el estudio indaga en las fuentes los significados dados a la región por sus actores durante el periodo analizado. Para conseguir su propósito se siguió con detalle, en el Archivo General de la Nación en Colombia, los Fondos Ministerio de Relaciones Exteriores, Ministerio de Gobierno y Presidencia de la República, así como en algunas bibliotecas de Río de Janeiro, Manaus e Iquitos, al igual que en algunos fondos privados y un nutrido número de fuentes primarias ya impresas.

La idea de la frontera como expansión es sostenida por investigadores nacionales y, también, por “historiadoras e historiadores colombianistas de origen estadounidense como Jane Rausch y Malcolm Deas” (p. 31), una imprecisión ya que este último investigador es inglés. La frontera como expansión es una interpretación de alcances limitados, pues según el autor hace énfasis en procesos de inclusión o participación; complejos para el área del estudio en donde no sólo existe un fuerte componente étnico, sino, además, intereses o agentes de carácter

trinacional. Es por ello que siguiendo a Alejandro Grimson, Zárate pretende desarrollar una sociogénesis de la frontera “entendida como la historia de los actores o agentes sociales que hicieron y producen hoy la frontera” (p. 54).

El componente étnico es entonces de gran importancia, y al contrario de algunas lecturas de la antropología que suelen oponer identidad nacional y étnica, el autor, siguiendo los planteamientos de Eric Hobsbawm, enfatiza la idea de que ninguna de las dos identidades es necesariamente superior y que juntas coexisten en el tiempo (p. 60).

Luego de un recorrido por la principal actividad económica extractiva y por las tensiones entre los agentes nacionales, se destaca que estos ya tenían un sentido de pertenencia nacional, cargado de ambigüedades y contradicciones (p. 93), y que es claro que en tiempos coloniales la conciencia de frontera era mucho más clara en el Brasil que en los dominios españoles, circunstancia que se manifiesta en el énfasis de los portugueses en la estrategia militar y la construcción de fortalezas, y en la estrategia misional entre los segundos (pp. 98-107).

Otros investigadores han propuesto que la incorporación de los territorios amazónicos a las economías nacionales no ha sido un proceso homogéneo². El trabajo de Zárate señala algunos elementos al respecto, pues anota que los agentes que hicieron presencia en la región tuvieron intereses diferentes y dinámicas dispares; en el caso del Perú, por ejemplo, el autor discrepa de la idea de que la economía del guano no incidió en la transformación económica de la frontera y que lejos de ello la acumulación generada en esta actividad permitió el desarrollo de la zona de Loreto. El Perú muestra una dinámica en la que lo estatal alcanzó logros parciales que luego serían desbordados por las iniciativas caucheras particulares (p. 134). Otro tanto puede señalarse sobre el Brasil, donde la anexión de Acre en 1903 constituiría otro claro ejemplo de estas variaciones.

Así mismo, algo parecido sucede con los efectos derivados del tipo de explotación cauchera y de la especie aprovechada, en el caso del llamado caucho negro o castilloa, cuya colecta se hacía derribando el árbol y con poblaciones recolectoras que tenían siempre carácter móvil en tanto seguían el recurso. En cambio, la colecta de caucho blanco o hevea representaba la existencia de grupos de trabajadores con alguna estabilidad laboral o el mantenimiento de ciertos núcleos familiares (p. 162), circunstancia ya descrita para otras regiones³.

En cuanto a la presencia y al papel de los cónsules, el autor señala que varios de ellos tuvieron intereses económicos directos o indirectos en la región (p. 190), y que una llamada época dorada tendría lugar en la década de 1920, cuando

Demetrio Salamanca Torres ocupó la representación en Manaos⁴ y Alfredo Villamil Fajardo en Iquitos. Dicho periodo estaría caracterizado por la defensa de los intereses colombianos, que llevarían a Salamanca a pasar de ser un “apreciado compadre” a un enconado contradictor del político Rafael Reyes (p. 213). En cuanto al papel de Villamil, debió hacer frente a la rebelión militar encabezada por el capitán Guillermo Cervantes en Iquitos y a sus efectos sobre los intereses colombianos que pretendían contrarrestar la supuesta entrega de territorios peruanos a Colombia tras el acuerdo fronterizo (p. 221 y ss.).

Otros agentes importantes en la región fueron los misioneros, cuyo propósito tenía una triple función: económica, al transformar el bárbaro autosuficiente en sujeto productivo; ideológica, al hacer de los antes salvajes nuevos ciudadanos; y geoestratégica, al conquistar, ocupar e incorporar estos espacios. El autor critica los planteamientos de la investigadora Pilar García Jordán, quien en sus estudios sobre la alta Amazonia ha equiparado estado e iglesia, añadiendo además que como lo ha mencionado Michel de Certau en cada nación hay un proceso de politización particular de las instituciones religiosas, las cuales no siempre coinciden, sino que a veces se enfrentan (p. 230). Esta crítica, con un fundamento legítimo, debería partir de, al menos, una breve caracterización de lo que eran las órdenes religiosas presentes en la región y que infelizmente el trabajo no incluye⁵, para, a renglón seguido, como lo aborda el autor, mostrar la relación misión-estado y la normativa que las rodea, como la ley 89 de 1890 que definió la posibilidad de organización del trabajo misional⁶.

Si bien lo relacionado con las misiones colombianas y peruanas se desarrolla con acierto, es indudable que hay una situación distinta con la presencia misional en el Brasil, sobre la que tan sólo se señala que “desempeñaron un papel activo y permanente de evangelización de los indígenas que también se sumó a las políticas indigenistas y de nacionalización de las fronteras del nuevo estado republicano brasileño” (p. 246), añadiendo que allí se creó la prefectura apostólica del Alto Solimões, regentada por capuchinos italianos cuya sede principal fue São Paulo de Olivenza. Aquí el trabajo es pobre, es notoria la ausencia de mayor información documental y de, al menos, los trabajos del misionero capuchino fray Fidélis Alviano, quien trabajó entre los tikuna durante las décadas de 1920 y 1930 por un periodo cercano a los dieciocho años⁷.

El autor dice que en Colombia las misiones acercaban o fusionaban en sus discursos a Dios y a la Patria, y que desarrollaron actividades adicionales a la evangelización, como la apertura o construcción de caminos. Sin embargo, no trata la constitución en esta zona de fuerza pública indígena y de adiestramiento

militar, como se ha señalado para otras regiones de la amazonia⁸. Un par de agentes gubernamentales sobre los que se aportan algunos elementos en este libro son los comisarios y los corregidores, cuyas tareas se dificultaban por las condiciones geográficas, limitándose “a actuar exclusivamente en el alto Caquetá y Putumayo en una porción de la frontera que por los demás aún estaba por conocer y consolidar” (p. 249). La presencia gubernamental se hizo mediante la policía de frontera sólo a partir de 1930, después de la firma del tratado Lozano-Salomón en 1928, y la creación de la comisaría especial del Amazonas, el mismo año.

En la parte final del texto se desarrolla una interesante discusión sobre la identidad en el área del estudio, donde el llamado problema identitario se expresó de “manera particularmente intensa y formó un complejo nudo a partir del cruce y amalgama de intereses globales, ideologías y sentimientos nacionalistas, movimientos regionalistas y expresiones de afirmación y resistencia étnicas” (p. 256). Zárate señala al respecto que las identificaciones de carácter regional son más tempranas en Brasil y en Perú que en Colombia (p. 259). La identidad, recuerda, no puede circunscribirse a la ocupación del territorio; la proximidad con agentes foráneos introdujo diferenciaciones internas entre los indígenas tikuna de las riberas del Alto Solimões, quienes según los trabajos de los etnólogos Kurt Nimuendajú y Roberto Cardoso de Oliveira se distinguen de los tikuna que residen en los igarapés, a quienes consideran como “atrasados” por el hecho de “ignorar el portugués y las cuentas matemáticas” (p. 272).

Así mismo, el tipo de relaciones establecido entre indígenas y blancos ha llevado a que en ciertos momentos los primeros se identifiquen con intereses nacionales determinados de acuerdo con lo que les dictan sus propios intereses, tal como sucedía con quienes eran forzados a trabajar en la cauchería y sometidos a múltiples abusos, que terminaban, voluntariamente o sin proponérselo, estableciendo relaciones de trabajo con otro patrón de distinta nacionalidad a la de su opresor (p. 275). Sobre estos abusos el autor señala que el hecho de que se muestren como un comportamiento exclusivo o reiterado de los peruanos es un discurso que sirve a ciertos intereses nacionales colombianos, pero que en verdad enmascara u oculta la participación de los colombianos en las disputas económicas en la región, así como sus responsabilidades en los abusos cometidos contra los indígenas (p. 280). El impacto en la región parece ser menor al de otras áreas, dado que la zona del Alto Solimões constituía una porción menor de la producción cauchera⁹.

Para comprender cabalmente la identidad indígena en la región el autor propone el concepto de transfronterizo y no de transnacional, ya que el segundo puede aludir a procesos de desterritorialización geográfica. De esta manera, se

revela que hay una dinámica territorial diferente en el pasado y que lo que hoy se nombra como territorio indígena no se corresponde plenamente con la ocupación y el uso del espacio en el pasado (p. 326). Así mismo, la identificación de un pueblo o grupo como tikuna es algo que tiene su propia historicidad, cuya existencia ubica Zárate en 1647, cuando el relato del misionero franciscano Laureano de la Cruz menciona el empleo del nombre para diferenciarse de grupos vecinos como “los omagua o sus descendientes los cambeba” (p. 330).

Los indígenas de la región tuvieron diversos grados de relación con agentes foráneos, a consecuencia de los cuales algunos desaparecieron y otros sobrevivieron ocultando su verdadera identidad y pasando a ser mestizos “ribereños”, como se les llama en Perú, o “caboclos”, como se les denomina en Brasil. Empero, como anota el autor, estos términos o el de colono empleado en Colombia son “invenciones coloniales o nacionales” que fuera de dar a comprender que se trata de una relación entre migrantes e indios, “no dicen mucho de los procesos internos mediante los cuales estos mismos grupos comenzaron a adoptar las identidades nacionales o transformaron sus propias identidades aunque manteniendo, así fuera de manera oculta o visible, las identidades étnicas subyacentes” (p. 333).

El tema identitario es muy complejo, y como anota Zárate el aporte indígena a estos nuevos sectores no sólo ha sido poco estudiado (p. 334), sino que además los no indígenas son como los primeros sujetos activos que bien saben lo que se deriva de afirmar o no una identidad étnica, lo cual hace más complejo el fenómeno en la región. Entre tanto los indígenas, en los que algunos sectores ven un riesgo inminente al adoptar la identidad nacional, desarrollan sus vidas con “ambos tipos de identidad actúan en contextos específicos y responden a diferentes tipos de lealtad no equivalentes” (p. 345).

Silvícolas, siringueros y agentes estatales constituye un esfuerzo genuino y legítimo para la comprensión histórica de la conformación de la frontera en la zona del Trapecio amazónico. Este libro merece ser leído y con certeza enriquecerá un trabajo similar en la contraparte brasileña; rico en fuentes y muy sugestivo en plantear discusiones en torno a la nación y la etnicidad, el texto está bien editado y se acompaña de algunas bellas imágenes, aun cuando no en todas se indican las fuentes.

Notas

- 1 Coincidiendo con esta observación, véase Cabrera Becerra, Gabriel. 2007. “Los diplomáticos colombianos y la nacionalización de la Amazonia”. *Memoria & Sociedad* 11 (22): 51-68. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.

- 2 Santos, Fernando y Frederica Barclay. 2002. *La frontera domesticada. Historia económica y social de Loreto, 1850-2000*. Lima: Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú, p. 15.
- 3 Cabrera Becerra, Gabriel. 2002. *La Iglesia en la frontera: misiones católicas en el Vaupés 1850-1950*. Bogotá: Instituto Amazónico de Investigaciones (Imani), Universidad Nacional de Colombia-Sede Leticia, pp. 124-131, refiere que la temprana explotación de caucho negro agotó el recurso y luego empezó a explotarse una nueva especie, la balata.
- 4 Para una valoración del papel de Demetrio Salamanca véase Cabrera Becerra 2007: 60-64.
- 5 Cabrera Becerra (2002) hace este ejercicio para carmelitas, capuchinos, franciscanos, montfortianos y salesianos que trabajaron en la zona del Vaupés.
- 6 El autor dice, equivocadamente, que es la ley 103 de diciembre de 1890.
- 7 Alviano, Fidélis. 1943. “Notas etnográficas sobre os Ticunas do Alto Solimões”. *Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro* 180: 6-34; y Alviano, Fidélis. 1944. “Gramática, dicionário, verbos e frases e vocabulário prático da língua dos índios Ticunas”. *Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro* 183: 3-194.
- 8 Cabrera Becerra 2002: 172 y 205.
- 9 Cabrera Becerra (2002: pp. 130 y 132) incluye los datos y el mapa de Schurz sobre la explotación cauchera en 1911. El Solimões tenía una participación de 3%, en tanto que el Purus de 32%, el Jurua de 16%, el Jutai de 1%, el Japurá de 0,2%, el Río Negro de 2,5%, el Madeira de 9%, el Tapajos de 3,5%, el Xingú de 3,5% y el Tocantins de 6%, entre otros.